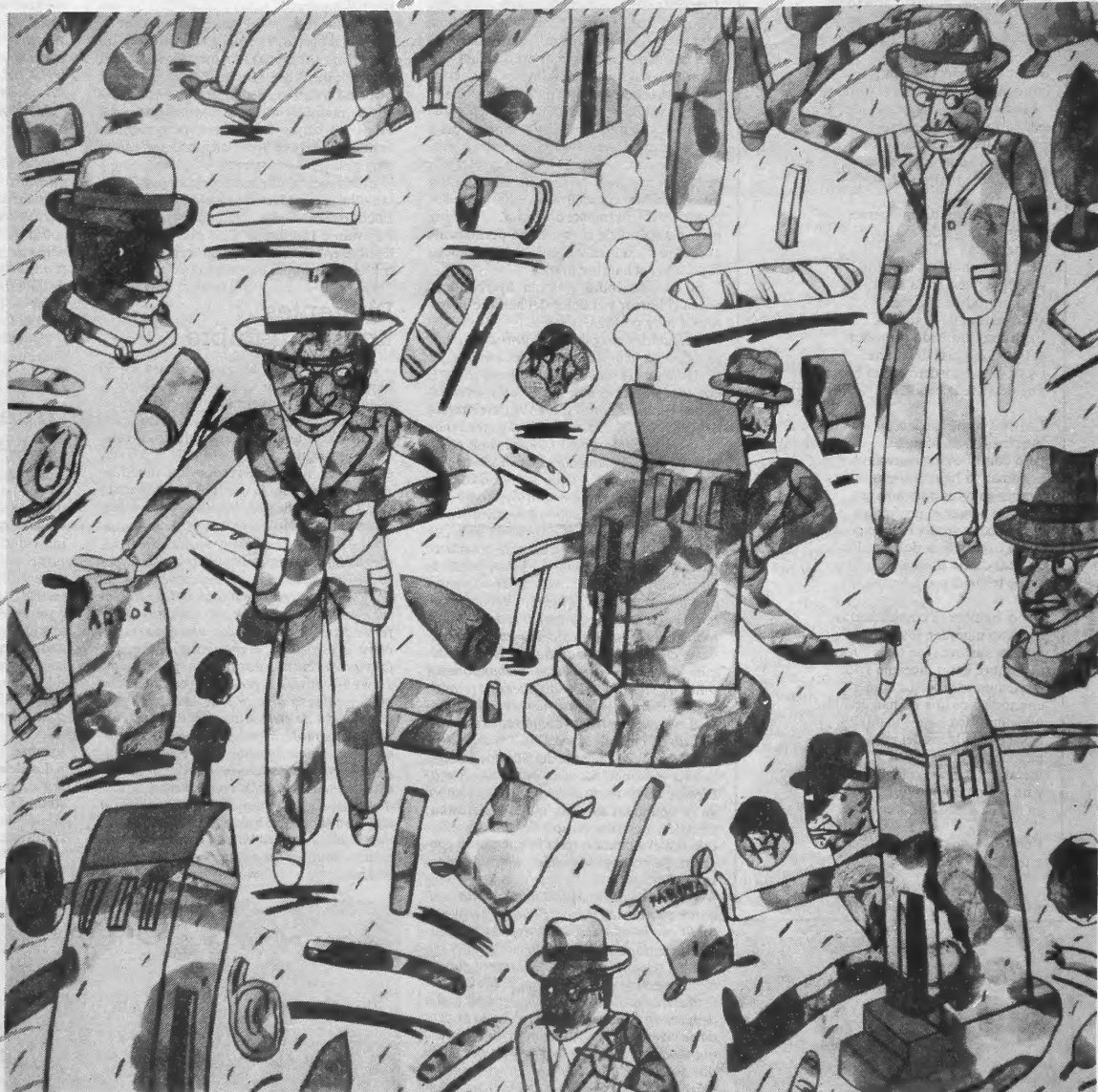


! LAS GANAS DE COMER



Antonio Seguí:
"Comida para todos"
(1987).
Acrílico sobre tela

OTROS CUADROS

Por Miguel Briante

La pintura del argentino Antonio Seguí, que abre este suplemento, fue reproducida, hace un tiempo, en los costados de un viejo tranvía y paseó por todas las calles de la ciudad de Oslo, Noruega. Invitaba a ver una muestra —Exposición Internacional por el fin del hambre en el mundo— en la que participan los artistas visuales más importantes del mundo.

Parece que, como señaló Borges, al destino le gustan las simetrías y a veces no desdena cierta (paradojal) simultaneidad. Porque esta muestra —después de recorrer muchos países— fue inaugurada, en Buenos Aires, en las Salas Na-

cionales de Exposición, nada menos que el martes 30 de mayo pasado. El lunes, ya había muerto un argentino en la confusión de los asaltos a los supermercados de Rosario. Esa noche, en el antiguo Palais de Glace, en la raleada inauguración que contó con breves explicaciones pero no con discursos, hasta las damas más *comme il faut* parecían oír desde el fondo del alma un viento que helaba toda metáfora, y se hacía presente una contradicción, brutal, que está escrita en algún lugar del prolijo catálogo —que acompaña la muestra y del que se reproducen algunos textos—, no exento de crueles precisiones: que el hambre es un dolor físico implacable, una máquina de muerte continua más

atroz que cualquier bomba y que, según exactos estudios hechos por los más altos expertos, podría ser erradicada en una generación.

La ola provocada por ese dolor, en Rosario, no tardó en extenderse a los alrededores de la Capital Federal, donde hasta las preventivas (disuasivas) balas de goma de la policía fueron tan raras como para matar. Según un informe elaborado por el doctor Alberto Cornillot, cuando se hallaba al frente del Ministerio de Acción Social de la Provincia de Buenos Aires, teniendo en cuenta las estadísticas del INDEC (de 1984, porque otras no hay, parece) es justamente en el Gran Buenos Aires donde "más de dos millones de habitantes viven en condiciones críticas de pobreza y riesgo y un millón de habitantes depende del cuantapropismo callejero para vivir". Junto al hacinamiento y la falta de higiene, la desnutrición es el indicador más recurrente en ese 22 por ciento de la población del granero del mundo, sede de las capitales del trigo, el maíz, la manzana y la alcachofa.

Nada más que en 1982 —última cifra estadística—, sobre diez mil niños nacidos vivos, casi uno de ca-

da cien murió por "desnutrición y anemias carenciales", en el país. Pero las dos terceras partes de niños carenciados de la población total se ubican en el Gran Buenos Aires. Mil muertes anuales, por hambre, sin contar las muertes por enfermedades originadas en el período perinatal, en las que la desnutrición es una de las causas más notorias. Las últimas cifras estadísticas del partido de General Sarmiento —donde está San Miguel, uno de los parajes más sacudidos en estos días por la violencia venida del hambre— marcan 17,1 por ciento de viviendas precarias —que quiere decir: bien precarias— y un 39 por ciento de mortalidad infantil. Pero hay algo más allá de esas muertes. Según un estudio realizado por el SERPAJ en La Matanza, en 1984, sobre cien chicos desnutridos, cincuenta presentaban distintos grados de una deficiencia mental conocida como pseudodiploprofenia u oligofrenia evitable, además de signos de apatía, ojos tristes, llanto angustiado, vientre globoso, pelo rojizo, piel terrosa y miembros con distinto grado de raquitismo. Un cuadro como para estremecer a cualquiera, aunque no sea artista.

